

nocidos. Conocer nuestro pasado es la mejor garantía de situarnos sin complejos en nuestro presente.

María Luisa REGUEIRO RODRÍGUEZ

Profesora del Departamento de Lengua Española, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Universidad Complutense de Madrid

FERNÁNDEZ AGUADO, Javier: *¡Camaradas! De Lenin a hoy*, LID, Madrid 2016, 325 pp. ISBN: 978-84-16894-25-3.

**N**os hallamos ante un libro didáctico que, como el propio autor señala, nos debe invitar a no experimentar con modelos políticos que han fallado en reiteradas ocasiones a lo largo de la historia. El comunismo representa el paradigma de esta afirmación:

«En implementación el comunismo ha sido siempre un desastre. Los rendimientos del comunismo no han sido, hasta el momento, buenos en ningún lugar [...] La historia no miente, y la verdad es que en su aplicación directa el comunismo ha conducido a la muerte o al desastre a aquellas poblaciones en que se ha impuesto» (p. 15).



### 1. Ideas iniciales

En efecto, ya sea en Asia (la China de Mao), América Latina (los casos de Salvador Allende en Chile o Fidel Castro en Cuba), el *modus operandi* seguido por el comunismo ha sido una réplica del desarrollado por Lenin a partir de 1917 que, simplificando, podría resumirse en una dictadura del partido, ejercida (aunque resulte ciertamente paradójico) por una sola persona. El anarquista Alexander Berkman en su obra *El mito bolchevique* señala lo siguiente:

«El tiempo ha puesto en su lugar a los bolcheviques. La hipocresía debe ser desenmascarada, han salido a la luz los pies de barro del ídolo que ha seducido al proletariado internacional llevándole a terribles falsas esperanzas. El mito bolchevique debe ser destruido» (p. 252).

Así, expropiaciones forzosas, calificación de contrarrevolucionario a quien no asumía las verdades (y bondades) del régimen, persecución física de la disidencia

y culto a la personalidad del dirigente (si bien esta última característica resulta más propia de Stalin que de Lenin) constituyeron las bases sobre las que el comunismo se cimentó tras la revolución de octubre. En palabras de Trotsky:

«Es absolutamente indiscutible que el dominio de un solo partido sirvió como el punto jurídico de partida para el régimen totalitario de Stalin. La razón de este desarrollo no radica en el bolchevismo ni en la prohibición de otros partidos como una medida temporal, sino en el aumento de derrotas del proletariado en Europa y Asia» (p. 46).

En íntima relación con la idea anterior, el comunismo siempre ha tratado de eximirse de cualquier responsabilidad a la hora de justificar sus múltiples fracasos. Así, unas veces el capitalismo mundial, otras los reaccionarios (o contrarrevolucionarios) que se hallaban en sus propias filas, han servido de chivo expiatorio al que atribuir en exclusiva el fracaso de un proyecto. Un buen ejemplo lo hallamos en la "auto-crítica" de destacados dirigentes, como los purgados bajo el stalinismo, Zinoviev y Kamenev. Para el primero «formamos una alianza con Trotsky. Mi defectuoso bolchevismo se transformó en antibolchevismo y, a través del trotskismo, llegué al fascismo. El trotskismo es una variante del fascismo, y el zinovievismo es una variante del trotskismo» (p. 89).

## 2. Violencia, utopía y desprecio por la democracia liberal

La violencia hace las veces de constante transversal en este cúmulo de características. Se trata de un fenómeno había mostrado sus primeros síntomas durante la segunda mitad del siglo XIX a través de populistas y anarquistas rusos, partidarios de la propaganda por el hecho y de la acción directa. Por su parte, la utopía siempre ha sido la compañera de viaje inseparable del comunismo: «el experimento social inspirado por Marx y luego políticamente implementado por Lenin culminaría en millones de muertos a quienes se había prometido mejor vida» (p.19), sentencia sin complejos el autor. Por tanto, a pesar del abuso de conceptos como libertad o igualdad que lleva a cabo el comunismo, el resultado nada tiene que ver con la creación de un paraíso en la tierra. Por el contrario, como refleja François Furet, comunismo y fascismo comparten abundantes elementos comunes, en cuanto que ambas son ideologías totalitarias.

La supresión de la Asamblea Constituyente por parte de los bolcheviques (institución en la que no eran mayoría tras la celebración de las elecciones) supone el primer gran ejemplo de su desprecio por la democracia liberal. En efecto, para Lenin:

«Los oportunistas enseñan al pueblo que el proletariado necesita, primero, conseguir una mayoría del sufragio universal; que después, lograda esa mayoría, ha de adueñarse del poder del Estado; y, por último, que sobre la base de esa democracia se dedicará a implantar el socialismo. Nosotros, por el contrario, declaramos que el proletariado debe, primero, derrotar a la burguesía y conquistar el poder el Estado, y luego, utilizar ese poder, es

decir, la dictadura del proletariado como instrumento de clase para granjearse la adhesión de la mayoría de los trabajadores» (p. 126).

Esta desviación con respecto a la ortodoxia marxista fue analizada por uno de los principales referentes del marxismo en Rusia, Georgi Plejanov:

«La Asamblea Constituyente disuelta por los comisarios del pueblo representaba a las masas trabajadoras de Rusia. Al disolverla, esos comisarios combaten no a los enemigos de los trabajadores, sino a los enemigos de los dictadores bolcheviques. Su dictadura no es la del pueblo trabajador, sino la de una pandilla. Y precisamente por esta razón tienen que recurrir cada vez más a procedimientos de terror» (p. 78).

### 3. Lenin vs. Stalin: ¿pureza frente a desviacionismo?

Lenin se convierte en el protagonista de una obra en el que aparecen un buen número de personajes que trascienden la etiqueta de meros actores de reparto. Stalin, principalmente, pero Trotsky, Bujarin, Zinoviev o Kamenev son algunos de ellos. Al respecto, el autor realiza una adecuada contextualización histórica, explicándonos cómo era la Rusia del siglo XIX y cómo se fue construyendo en su interior un movimiento social y político de rechazo hacia la autocracia zarista que culminó con la doble revolución de 1917 (febrero y octubre).

Por tanto, Fernández Aguado opta por una pertinente estructura circular que da sentido al título de la obra. Por un lado, el libro se inicia con un protagonismo en aumento de la figura de Lenin que alcanza su cénit con el triunfo de la revolución de octubre y sus primeros años al frente de la URSS. Por otro lado, cierra el libro con una exposición magistral del Informe presentado por Krushev ante el XX del PCUS (1956) que, más allá de la crítica a Stalin, significaba una suerte de vuelta a las esencias de la revolución personificadas por Lenin.

Ese informe exige analizarse con cautela y contrastarlo con la experiencia histórica. En efecto, si bien condenó el culto a la personalidad desarrollado por Stalin, prescindió de algunos hechos fundamentales derivados de la personalidad y legado político de Lenin nada modélicos, como su interpretación peculiar del marxismo (p. 77) no solo durante la contienda civil (su instrumentalización del derecho de autodeterminación de las nacionalidades que integraban Rusia) sino también posteriormente (por ejemplo, cuando permitió ciertos retazos de propiedad privada a través de la Nueva Política Económica).

Además, si bien no es objeto de la obra de Fernández Aguado, cabe añadir que la des-estalinización no fue seguida de una mayor democratización de la URSS, susceptible de extenderse a los países satélites, como reflejó la forma en que Moscú aplastó las revoluciones de Hungría y Checoslovaquia. De hecho, el cinismo de Krushev resulta tangible:

«Evitábamos deliberadamente ejercer ningún tipo de presión sobre los demás países socialistas. Dábamos por supuesto que cada partido comunista podía y debía manejar por sí mismo sus propios problemas internos [...] A veces expresamos nuestras opiniones y dudas, pero, por regla general, dejábamos que el partido hermano tomara sus propias decisiones» (p. 110).

En definitiva, no se cuestiona el rol de Stalin en la revolución, en la guerra civil y en la construcción del socialismo, sino que se rechaza sobre todo el culto a la personalidad que fomentó ya que suponía «una perversión de los principios del partido, de la democracia del partido y de la legalidad revolucionaria» (p. 254). Frente a ello se afirma sin rubor que Lenin «nunca impuso por la fuerza sus puntos de vista a sus colaboradores» (p. 254). Como se deduce de esta sentencia, verdad y comunismo resultan conceptos antagónicos.

Alfredo CRESPO ALCÁZAR

Profesor de Filosofía del Derecho. ESERP Business School, Madrid

BINGEMER, María Clara: *El Misterio y el mundo. Pasión por Dios en tiempos de increencia*, San Pablo, Madrid 2017, 583 pp. ISBN: 978-84-258-5393-3.



Hacia finales del año pasado llegó a nuestras librerías la voluminosa obra de María Clara Lucchetti Bingemer, *El Misterio y el mundo. Pasión por Dios en tiempos de increencia*. La autora, teóloga brasileña, casada y madre de tres hijos, posee un amplio currículum como graduada en Comunicación Social, licenciada en Teología por la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro y Doctora en Teología Sistemática por la Universidad Gregoriana de Roma, con una tesis sobre la mística trinitaria y la praxis cristiana en san Ignacio de Loyola. Actualmente trabaja como profesora de Teología en la PUC de Río, donde ha sido Decana del Centro de Teología y Ciencias Humanas y directora del Centro Loyola de Fe y Cultura.

El libro que recensamos inaugura la nueva colección «Océano», de la Editorial San Pablo, que ya suma alguna publicación más. Fruto de un año sabático en USA, atesora todo un conjunto de intereses, lecturas, publicaciones y reflexiones, que quedan expresados en el subtítulo de la obra, la pasión por Dios en estos tiempos de increencia.